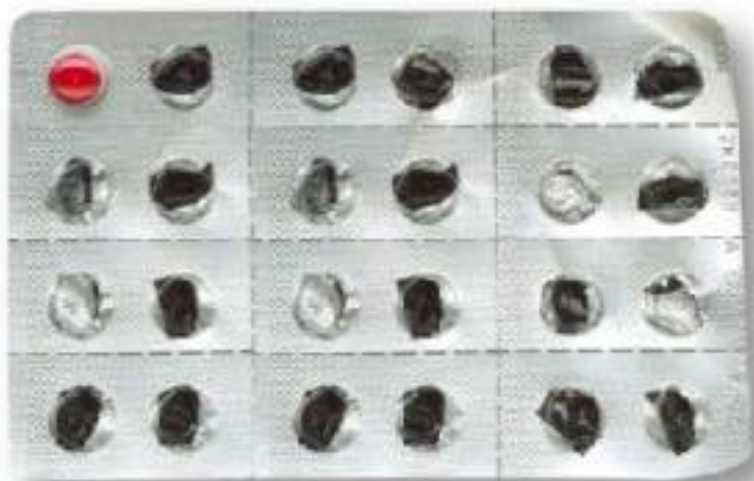


Vera Giaconi
CARNE VIVA



VERA GIACONI

Carne viva

La frase de Vera Giaconi, nítida, sustantiva y tajante, compone personajes y escenarios en el mismo curso y cuando ha vuelto la situación palpable deja que su propia tensión la resquebraje. Estos cuentos, variaciones del tema de la mujer anómala en las sombrías repeticiones de la vida privada media, están hechos de transiciones resbaladizas y diálogos imprudentes: cuando los sentimientos pasan a la conciencia la frase ya los delató y otra frase viene a consumirlos. De este rápido desgaste surge un clima de vigilia inmanejable, si se quiere de ilusión incauta, que hoy todos conocemos por experiencia propia pero no todos sabemos describir. Vera Giaconi no esconde su trato con una corriente de narradoras anglosajonas que desde hace muchas décadas viene poniendo el realismo en ascuas; que se remonta a Flannery O'Connor y Eudora Welty, pero también a Katherine Mansfield, y hoy sigue siendo pródiga. Es una tradición que ha dado a la literatura no menos perspectivas y al lector no menos amplitud (e inquietudes) que la gran narrativa experimental. En realidad también experimenta, pero de otra manera: sabiendo que, si no es posible contar la realidad, es muy posible describir bien con qué grado loco de error, de horror o de acierto la percibimos.

MARCELO COHEN

Vera Giaconi

CARNE VIVA



ÍNDICE

[Sobre este libro](#)

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Aparecida](#)

[Agua helada](#)

[Tiburón](#)

[La cama en el living](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Nosotros](#)

[Un pequeño cambio](#)

[Bajo la piel](#)

[Sobre la autora](#)

[Página de legales](#)

[Créditos](#)

[Otros títulos de esta colección](#)

Para Max

No tengo nada que decirles
a las mujeres "encantadoras".
Me siento como un gato entre tigres.

KATHERINE MANSFIELD

PRIMERA PARTE

APARECIDA

Le hicieron uno de esos test imposibles, de esos en los que no se puede adivinar la relación entre lo que están preguntando y lo que intentan saber. Ana respondió, una nena con una pulsera de plástico robada, a mi madre, nafta, un bosque visto desde abajo, todos los días, tres veces al día, palomas, la mayor, padre y un hermano, jazmines, como una esponja, coágulos, trece veces siete, perlas, amarillo, dolor, ninguna, perros blancos, el estómago, a los treinta, mis orejas, los hombres lampiños, el papel celofán, verano. Y así dos horas. No recordaba cada una de las preguntas, pero sí todas sus respuestas.

Una semana antes ya había elegido la ropa que iba a usar para la consulta. Nada era nuevo, pero todo estaba recién lavado y planchado. La remera violeta con vivos verdes, la pollera blanca de lino, las sandalias de cuero crudo, el pañuelo verde. Había pensado usar el collar de cuentas de vidrio, pero a último momento eligió el de perlas blancas. A veces pensaba que ese collar le traía suerte, aunque no insistía mucho con esta idea para no echarla a perder o para no desengañarse. Cuando repartieron las cosas de su madre fue lo único que agarró sin pedir permiso, y sin culpa, como si estuviera recuperando algo que siempre había sido suyo.

Salió de la casa un par de horas más temprano. Había decidido desayunar afuera, en algún café cerca de la clínica. Pasaba tanto tiempo encerrada que al salir se convertía

en esponja y lo que absorbía le resultaba imposible de clasificar, como si todo fuera nuevo y demasiado intenso. Le llevaba un buen rato aclimatarse y regular el pulso y la respiración como le habían enseñado. Esa mañana tenía que entrar a la clínica sintiéndose tranquila y confiada. Esa mañana en especial tenía que controlarse.

Hacía mucho calor y el cielo parecía una gran sábana limpia extendida sobre la ciudad. Ana eligió un café enfrente de la plaza, una mesa en la vereda, a pleno sol, y un jugo de naranjas.

Apoyó la cartera en su falda, se ató el pelo castaño en un rodete que incluso recién hecho parecía a punto de desmoronarse y alzó la cabeza para mirar al mozo a los ojos mientras le servía el pedido.

–¿No quiere una mesa a la sombra? –preguntó él.

–Ana.

–¿Perdón?

–Mi nombre: Ana.

El hombre sonrió y bajó la vista.

–¿No prefiere esa mesa, Ana?

–¿Cuál?

El mozo señalaba una mesa apartada, protegida del sol por una gran sombrilla de madera y lona blanca.

–Es una linda mesa, pero acá estoy bien. Gracias.

El hombre se retiró con una media reverencia y Ana se felicitó. Había conversado con un extraño, había estado atenta y educada, y no tenía ganas de llorar. Era un buen comienzo. Se llevó una mano al collar de perlas y deslizó la mirada por las otras mesas.

Había una pareja, un hombre y una mujer más o menos de su edad. Ella hablaba sin hacer una pausa. Transpiraba mucho. Tenía un vestido azul de mangas cortas y cuando se inclinaba hacia adelante se le veía una mancha de sudor en la espalda. Él permanecía en silencio y sin mirarla, se rasca una oreja de forma compulsiva, como si fuera un tic nervioso. Ana no alcanzaba a oír pero hubiera podido apostar

que no estaban discutiendo, sino hablando de algo que los ponía muy incómodos. Tenían que tomar una decisión o acababan de enterarse de algo y estaban tratando de asimilarlo. Cada uno a su manera. Ana pensó que la estrategia de él era la mejor: silencio y reflexión. Ella, en cambio, cuando terminara de hablar iba a seguir igual de confundida.

Sentada frente a ella había una mujer de unos setenta años que ocupaba con dignidad el pequeño círculo de sombra bajo la sombrilla. El pelo blanco iluminaba un rostro de facciones dulces: la nariz pequeña, los ojos sin maquillar y de largas pestañas, los pómulos firmes a pesar de la edad. Parecía acostumbrada a estar sola. Era una mujer elegante. Ana admiraba la elegancia porque la consideraba un don, una forma visible de la sabiduría. Un caniche blanco dormía bajo la silla de la mujer, que tomaba el té de a pequeños sorbos y no levantaba la vista de un libro de tapas azules que sostenía a cierta distancia. No pudo ver qué leía, pero le hubiera gustado que fuera una novela romántica, de esas que tienen largas escenas eróticas en las que nunca se mencionan más que cuellos, muslos y labios palpitantes. El sexo húmedo de una mujer de setenta años, en eso estaba pensando Ana al verla. La mujer tenía una blusa de seda blanca y una pollera larga también blanca estampada con florones púrpuras. El ruedo se agitaba por la brisa, rozando la cabeza del caniche, pero nunca tocaba el piso. Era como si los dos flotaran.

Por un momento se imaginó que ella era la mujer, que se excitaba en público leyendo ese libro de tapas azules y que en algún momento se pondría de pie, indiferente a todos, para volver a su coqueto departamento de cuatro ambientes, plagado de libros y plantas y vajilla importada y muebles de estilo, seguida por el caniche. Imaginó que tocaba bien el piano, y que tenía el hábito de escribir cartas a los diarios, y que los fines de semana paseaba con sus amigas, y que una empleada tan fiel como el caniche la mante-

nía a salvo de preocupaciones menores como el polvo, la comida o el teléfono.

Le hubiera gustado que fuera una vieja tía de la familia, alguien a quien visitar y de quien recibir consejos. Con verla, podía estar segura de que era la clase de persona que considera que todos se hacen demasiado problema por nada. Que se reiría de sus miedos pero sin humillarla, sino ayudándola a ponerlos en perspectiva, que era lo que se suponía que debía aprender a hacer sola. Que sería alguien con quien podría hablar de su madre y recordar los momentos buenos, porque una mujer así no querría saber nada del accidente, no mostraría ningún interés por las armas y no le dejaría ni un resquicio para pensar en la culpa. Sintió el impulso de conversar con ella. Lo pensó bien, y estuvo casi segura de que esa no era la clase de impulso que le aconsejaban evitar. Ana levantó una mano. Esperaba llamar la atención de la mujer y, si tenía suerte, invitarla a compartir su mesa.

—¿La cuenta? —preguntó el mozo, que se había quedado cerca sin que ella lo advirtiera.

Ana miró la hora y aceptó la sugerencia.

Hasta entonces no había sentido el calor, pero el camino hasta la clínica se le hizo largo y agobiante. Con cada paso que la alejaba de la mujer del caniche perdía un poco de la serenidad que había conquistado. Sin embargo, justo antes de entregarse a la puerta giratoria de la clínica respiró hondo y pudo sentir algo de confianza y cierto sentido del autocontrol.

En la recepción, como siempre, anotaron sus datos en una planilla que tuvo que firmar y le pidieron que tomara asiento unos minutos, que enseguida alguien la iba a acompañar hasta el salón de la entrevista. Hacía tres años que había empezado todo, y desde hacía tres años Ana había pasado por diferentes salas y consultorios donde le habían hecho tantos estudios como interrogatorios, consultas, pruebas, sesiones, tests, cuestionarios, exámenes, análisis.

Ana tenía un nombre para cada una de esas visitas, pero los de la clínica les decían a todas de la misma forma: entrevista.

Unos minutos después, un hombre mayor al que alguna vez había visto acomodando sillas en alguna sala de terapia grupal o cerrando las cortinas de un cuarto vacío, la condujo en silencio hasta la puerta de un salón. El lugar era amplio y luminoso, en el centro había una mesa larga y tres sillas. Una silla era para ella, la otra para quien la entrevistara. Se preguntó quién ocuparía la tercera.

—Enseguida la atienden —dijo el hombre, que dio media vuelta y cerró la puerta con un golpe seco.

Nunca había estado en ese salón de la clínica, ni siquiera sabía que tenían salas tan grandes, y era la primera vez que había más de dos sillas. En la mesa vio las carpetas rotuladas con su nombre y apellido y el número de su historial: Ana Suárez, 2787. Escrito así, con esa letra brusca y cuadrada, en marcador negro indeleble, su nombre, que siempre le había resultado soso, le pareció menos un nombre que una clasificación tan impersonal como un diagnóstico. De los números nunca había pensado nada hasta que su hermano, que durante el primer año la acompañaba a todas las entrevistas, le había dicho que en la lotería y los sueños el 27 era el peine y el 87 los piojos. Dijo: “¿Ves? Uno saca al otro, se complementan y se anulan. Números interesantes”. También le dijo que tenía que agradecer que hubiera tantos sietes, porque el siete era un buen número. Ana comentó esto al pasar durante alguna entrevista, ya no recordaba cuándo ni cómo era la persona que la estaba interrogando, pero esa persona, casi estaba segura de que era un hombre, le había preguntado si ella sabía el significado del siete. Por supuesto que Ana sabía que el siete era el revólver y sabía también que era un número mágico con demasiados significados como para responder a esa pregunta sin equivocarse. Por eso solo dijo “no, no sé”, y el hombre le preguntó si creía que el siete era un buen número.

ro. Ella solo podía pensar en el revólver. Una tía de Ana había perdido una pierna cuando se le disparó el arma que estaba limpiando. A un viejo primo de su padre le habían cobrado una deuda de juego con dos tiros, uno en cada mano. Su mejor amiga de la infancia murió por una bala perdida durante una fiesta de fin de año en el campo de sus abuelos. Además estaba su madre. Adentro de esa clínica, Ana nunca volvió a decir nada para cubrir algún bache en la conversación o para parecer agradable.

La puerta se abrió de un golpe y entró una mujer gruesa, cargada con más carpetas, una botella de agua mineral y un gran portafolio negro. El pelo teñido de rojo intenso le daba aspecto de muñeca vieja. Rengueaba. Ana se preguntó si caminaba así por algún defecto de nacimiento, porque se había lastimado o por las sandalias, que le quedaban demasiado justas. Tenía los pies hinchados y bajo las tiras de cuero la carne estaba poniéndose morada.

–¿Estás cómoda? –preguntó la mujer mientras se sentaba. Tenía una voz como ronroneo de gato y los dientes amarillos.

–Estoy bien, sí, gracias.

La mujer dejó sobre la mesa la botella de agua, dos vasitos de plástico, las carpetas, un abanico, una lapicera, una hebilla para el pelo, los anteojos de sol y el portafolio. Dos veces había tenido el impulso de apoyar en la tercera silla el portafolio y dos veces había reprimido ese reflejo. Incluso antes de sentarse había acercado la tercera silla unos pocos centímetros. Aunque Ana estuvo tentada de preguntar si esperaban a alguien más, se esforzó no solo por no hacer la pregunta sino por actuar con indiferencia. No estaba dispuesta a caer en la trampa de la tercera silla. No, la silla no era su problema, es más, si se sumaba alguien a la entrevista, bienvenido, así Ana tendría dos rostros y unas cuantas expresiones más para interrogar cada vez que diera una respuesta o cuando se quedara pensando.

La mujer sirvió agua en los vasitos y le acercó uno.

–Hace calor, ¿no?

¿Habían empezado? ¿Esa pregunta era parte del test?

–Hace, sí. Pero estoy bien.

–Odio esta ciudad en enero. No hay dónde meterse.

¿Viste que el calor es como pegajoso acá? Un asco.

–Sí, el calor es bravo –dijo Ana, sin demasiada convicción.

La mujer abrió el abanico. El aire revolvió el pelo rojo que le enmarcó la cara como un aura de luz. Miró un instante por encima de los hombros de Ana, que le daba la espalda a la puerta, y abrió la primera de las carpetas, la rosada, mientras balbuceaba el nombre de la paciente y el número de historial.

–¿Con la medicación vas bien?

No sabía que hablarían de eso. No había traído las fichas, ni su agenda, ni siquiera tenía el blíster. Justo antes de salir había sacado el blíster de pastillas de su bolso y lo había dejado sobre la mesada del baño. Le había parecido un mal augurio ir a la entrevista con las pildoritas rojas encima. La mujer esperaba una respuesta mirándola fijamente. ¿Tenía los ojos verdes, grises?

–La medicación bien, sí.

–Acá dice que fuiste al control hace dos semanas.

Ana asintió.

–Te cambiaron la dosis.

–Sí.

–La subieron.

–Ajá.

–¿Y todo bien?

–Bien, sí.

–¿Y las salidas?

–Tranquila.

–¿Domís bien?

–Sí, muy bien, gracias.

–No hay que ajustar nada, entonces.

–No.

La mujer extendió un brazo para apoyarlo sobre el respaldo de la silla vacía y quedó a la vista un lamparón de sudor en su blusa azul.

–Es de locos el calor acá adentro. Voy a ver si nos consiguen un ventilador, algo.

La mujer salió del salón en tres zancadas. Era robusta; alta y fuerte. Fuerte como una burra, pensó Ana y no se rio por miedo a las cámaras. Estaba convencida de que en un lugar así tendrían cámaras de vigilancia por todas partes, aunque nunca había podido descubrirlas, por eso reprimió el impulso de girar la carpeta rosada y leer algo de todo lo que habían escrito sobre ella tantos médicos distintos, todos tan distintos entre sí. En cambio, se detuvo en el portafolio de la mujer, que había quedado abierto, tumbado sobre la mesa, y vio un atado de cigarrillos, cinco o seis cajas de remedios (uno era el que ella tomaba a la mañana), un cuaderno de tapa azul con lunares blancos, un llavero en forma de corazón que decía *Jorge* en letras doradas (¿un hijo, el marido?). También vio un paquete de pañuelos descartables y un estuchecito de esos en los que se guarda el maquillaje.

–Acá si no lo hace uno, no lo hace nadie –dijo la mujer al regresar, mientras arrastraba un gran ventilador amarillo hasta el centro del salón para enchufarlo usando un alargue que traía enroscado en el brazo derecho.

El ventilador hacía un ruido imposible. Ana sintió que las aspas se saldrían de la carcasa y se convertirían en manos de uñas afiladas que agarrarían el pelo rojo de la mujer y lo extenderían como si fuera una larga, larguísima alfombra sobre la que tendría que caminar quien llegara a ocupar la tercera silla.

La mujer entrecerró los ojos.

–Ahora está mejor –dijo–. ¿No te parece?

Ana respiró hondo, como practicaba cada mañana, y trató de reemplazar en su cabeza el ruido del turbo por la imagen de la anciana del caniche. La imaginó sentada en el